

Mi paso por la UABCS, *mi alma mater*

Jorge Manuel Agúndez

Mi aventura por la Universidad inició como estudiante en 1979 –coincidiendo con el final de su primer trienio de funciones– y se prolongó por cuatro décadas, hasta finalizar en 2020. Obviamente esto me permitió ser testigo de diversos acontecimientos de su devenir interno, sobre todo de aquellos que la catapultaron a su consolidación. De estos acontecimientos ubicados en este lapso quisiera compartirles aquellos que, desde mi perspectiva, son los de mayor significancia y que a la par sumaron para alcanzar mis metas profesionales.

Por el espacio y por temor al olvido, he decidido omitir, en lo posible, nombres de personas, alumnos, personal directivo, personal administrativo (bibliotecarios, laboratoristas, técnicos de mantenimiento, personal del campo agrícola, secretarías, choferes, jardineros, vigilantes, empleados de la cafetería) y profesores eventuales o definitivos que tuve la fortuna de conocer y que compartieron conmigo sus conocimientos, su tiempo, su amistad, su compañía y sus consejos, lo que abonó generosamente a mi formación profesional y sobre todo a mi formación como persona.

Hasta la primera mitad de la década de los setenta, el incipiente estado de Baja California Sur no contaba con opciones para los sudcalifornianos que egresaban de la educación media superior y

JMA. Profesor-investigador jubilado del Departamento Académico de Agronomía de la Universidad Autónoma de Baja California Sur, jmae@uabcs.mx

deseaban iniciar una carrera universitaria. El reto era emigrar a otras ciudades del país para lograrlo. Muchos, por falta de recursos, se quedaron con las ganas. Así, la necesidad de una universidad estatal era un tema recurrente en la sociedad sudcaliforniana.

Afortunadamente, a finales de 1975, el primer gobernador del estado, el Lic. Ángel César Mendoza Arámburo presentó ante la legislatura del Congreso el proyecto de la anhelada universidad. Aceptada dicha iniciativa, un año después la Universidad Autónoma de Baja California Sur entró en funciones.

Oficialmente inició sus clases en marzo de 1976, en las instalaciones de la escuela primaria 18 de Marzo, ubicada en el primer cuadro de la ciudad de La Paz. Fungía como rector el Arq. Tomás Balarezo Cota. Cinco meses después, el presidente de la república, el Lic. Luis Echeverría Álvarez colocó la primera piedra de lo que sería su ubicación definitiva.

Cuando terminé mi preparatoria en 1978, me enteré de que la incipiente universidad ofrecía, entre otras opciones, la carrera de Ingeniero Agrónomo. Apasionado siempre de las plantas, el desierto y todo lo que en él confluye, atendí a la convocatoria y presenté el examen de admisión. Ignoro cuántos aspirantes hubo, pero creo que nos aceptaron a todos e iniciamos en el verano de 1979. El grupo quedó conformado por aproximadamente cuarenta alumnos; la mayoría del pujante Valle de Santo Domingo y pueblos aledaños; cuatro de Santa Rosalía y solo unos cuantos de La Paz y Los Cabos. Había solamente una mujer cursando la carrera, que por alguna razón desertó antes del sexto semestre. Finalmente egresamos veinticinco estudiantes en el verano de 1984.

Para ese año de 1979, la UABCS estaba ya en su nuevo domicilio y el rector en turno, el Dr. Rubén Cardoza Macías llevaba poco menos de cuatro meses en funciones. En ese entonces solo contaba con cuatro edificios: rectoría, el Área Interdisciplinaria de Ciencias del Mar (AICM), el Área Interdisciplinaria de Ciencias Sociales (AICS) y el Área Interdisciplinaria Ciencias Agropecuarias (AICA), cuyos muros color hueso lucían los singulares arcos, que pronto se convertirían en parte de su identidad. La modesta pero indispensable

biblioteca universitaria se ubicaba en alguna de las tres áreas citadas, aunque hasta la construcción de su edificio definitivo prácticamente fue itinerante. También el campo agrícola estaba ya en funciones, con sus cuarenta hectáreas y un pozo para el suministro del agua.

El terreno, entonces baldío al lado este del edificio de Ciencias Agropecuarias, funcionaba como campo de fútbol y así fue por casi más de dos décadas. En ese modesto campo de tierra suelta compartí tiempos de esparcimiento con mis compañeros de carrera y, años después, con mis alumnos y colegas profesores. No en pocas ocasiones presencié batallas de ligas locales donde los gatos salvajes defendían la camiseta con garra y colmillo.



Presidium de la ceremonia de egreso de la generación fundadora (1980). De izquierda a derecha: Edgar Santiago Amador Silva (alumno fundador de la UABCS); Prof. Humberto Mayoral Meza (director de la Escuela Normal Superior del Estado); Lic. Ángel César Mendoza Arámburo (gobernador constitucional del estado de Baja California Sur); Dr. Rubén Cardoza Macías (rector de la UABCS); Lic. Guillermo Enrique Moreno Armenta (secretario general de la UABCS); C.P. Ulises Omar Ceseña Montaña (tesorero de la UABCS) y Lic. Francisco Javier Amador Soto (abogado general de la UABCS)

También, aledaños a este campo, se construyó una cancha de fútbol rápido y una de basquetbol. Tiempo después fueron reubicados todos y se levantaron ahí varios edificios, entre ellos el de Ciencias Sociales y Humanidades y un área de cubículos para académicos del AICA. Algunos años más tarde, y un poco más retirado del citado campo, se levantó una cancha de voleibol de playa y un espacio cerrado para la práctica del basquetbol. Hoy en día la Universidad cuenta con un nuevo campo de fútbol –con pasto y gradas para los espectadores– y un gimnasio para el acondicionamiento físico.

El hecho de que la UABCS quedara a las afueras de la ciudad de La Paz significó, para los que no teníamos automóvil, una odisea para llegar a tomar clases a las siete de la mañana. El transporte público estaba conformado por dos o tres camiones. De seis a nueve de la mañana transitaban atiborrados de estudiantes y trabajadores. Para llegar a la Universidad se recorría lo que hoy se conoce como boulevard Forjadores. Como en ese entonces era terracería, durante todo el trayecto se respiraba polvo. Pero lo común para mí era viajar de raite y con frecuencia en un camión de redilas que transportaba trabajadores de un vivero del gobierno ubicado a un costado del nuevo edificio del sindicato del personal administrativo.

Para 1985, de la mano del avance científico y tecnológico, la globalización formal se entreveraba con cada vez más fuerza en el ámbito económico mundial. Pero aún no estaba la internet, ni la telefonía móvil, las *tablets* o las computadoras personales. Dos o tres veces por semana debíamos regresar por las tardes a la Universidad a buscar la bibliografía para las tareas y/o preparar las exposiciones. Los libros de la carrera eran muy demandados y en la biblioteca había pocos ejemplares de consulta, por lo que prácticamente los cazábamos o los compartíamos. En algunas materias los maestros nos exigían entregar los reportes de prácticas o trabajos de investigación escritos a máquina. Yo usaba una *Olivetti 44* que había heredado de mis tres hermanos mayores, por lo que estaba bastante aporreada.

Como estudiante de la Ingeniería Agronómica tuve que ubicarme en el contexto de la producción agrícola, al menos en la realidad

del estado. Así, al final de los setenta hasta finalizar los ochenta, lo más sobresaliente en materia de producción agrícola fue el auge que desde 1960 vivía el Valle de Santo Domingo, pero también la presión que este *boom* ejercería sobre los recursos del suelo y el agua. Este evidente exceso ocasionaba una degradación paulatina de las tierras de laboreo y la salinización de los acuíferos. Estos aspectos eran puntos rojos para el naciente estado, cuyo sector primario era de suma importancia. Aunque el resto de las zonas productoras se mantenían relativamente sin problemas serios, acechaba una constante generalizada: el riego por gravedad, cuya práctica acabaría por afectar a la postre la disponibilidad de los recursos hídricos, así como el laboreo excesivo de las tierras, que inexorablemente condujo a su empobrecimiento.

Consciente de esta problemática, al completar los seis primeros semestres de la carrera de Ingeniero Agrónomo, entendí la necesidad de preservar el suelo, el agua y el ambiente como elementos que sustentan la producción de alimentos. En la actualidad, los problemas en materia del agua para la agricultura (y para el sector urbano) son quizá de los que demandan mayor atención.

Como interesado en el ambiente y los recursos de la flora regional, un asunto que llamaba fuertemente mi atención era la explotación de las especies de los recursos florísticos en la media península, por ejemplo, la extracción clandestina de plantas –entre ellas, diversas especies de cactus endémicos, demandadas por el mercado negro–, la extracción de la biznaga para preparación del tradicional dulce casero o acitrón o como forraje para el ganado en las sequías; de madera de mezquite para elaboración y comercio de carbón, o para leña; de la tala de árboles para la obtención de postes, como el palo zorrillo, el palo blanco y el mauto principalmente; de las hojas y ramas de damiana y orégano; de las hojas de palma y varas de palo para construcciones en el sector turístico y elaboración de artesanías.

En este contexto las instituciones estatales encargadas de los recursos naturales y el ambiente lucían desarticuladas y con traslape de funciones; y, con frecuencia, con recursos materiales y humanos

escasos para el monitoreo de campo. A la postre se tuvo una mejor separación de funciones y se logró, al menos en el papel, un mayor control de los recursos de la flora y el ambiente. Las normas oficiales llegaron de manera paulatina y abonaron al orden.

A finales de 1978, con el rectorado del Dr. Rubén Cardoza Macías y posteriormente el del C.P. Ulises Omar Ceseña Montaña se vivió un periodo de efervescencia académica y de contratación de nuevos profesores para la impartición de las cátedras y realización de investigaciones. Durante la mitad de ese periodo se creó el Centro Interdisciplinario de Investigación (CIDI), cuyo objetivo, entre otros, era organizar la investigación.

Esta etapa fue decisiva, ya que a partir de ahí las actividades de docencia e investigación empezaron a tomar un rumbo mucho más definido, sentando las bases para su posterior consolidación. En este periodo de intensa actividad académica la UABCS captó a profesionistas procedentes de otras latitudes para ocupar las cátedras en todas las áreas. En el caso de quienes llegaron a Ciencias Agropecuarias, en general, estaban muy bien preparados y casi todos



Vista del campo agrícola (circa 1985-1990). Foto: Roberto Carrillo

pretendían realizar investigación en sus disciplinas. A la postre, y ya como interinos, lograron su definitividad a través del examen de oposición y méritos, como en el resto de las otras áreas académicas. En muchas ocasiones tuve la fortuna de presenciar el desarrollo de estas pruebas orales. La cuestión era someter al aspirante a un examen conducido por tres sinodales, los cuales realizaban las preguntas relativas a las asignaturas, a su experiencia, así como a sus conocimientos y capacidad. En promedio duraban tres horas y en la mayoría dejaban muy buen sabor de boca. Después de presenciar un examen de esta naturaleza, las ganas de seguir adelante hasta obtener el título quedaban reactivadas *ipso facto*.

Un rubro esencial para mi formación profesional fueron las prácticas que realizábamos en las principales regiones agrícolas del estado, pero de igual importancia las que efectuábamos en el campo agrícola del AICA. En este sentido fueron fundamentales para poner a prueba los conocimientos adquiridos en los programas de las asignaturas inherentes, que iban desde la siembra, hasta la cosecha de los productos; con todo lo que va en medio, como el riego, la fertilización, las plagas y enfermedades.

Antes de finalizar la carrera, ya me había involucrado en varios proyectos de investigación relacionados con cultivos básicos (de trigo y avena, principalmente) y/o con flora nativa. Cuando finalmente egresé, ya contaba con algo de experiencia y muchos deseos de superación, por lo que concursé para una plaza de ayudante académico C, la cual gané y ejercí por dos años. Luego obtuve contratos consecutivos en otras modalidades, hasta que la legislación lo permitió. Después vino lo más difícil: entrar a la docencia con una asignatura o dejar la institución.

Como la docencia para mí estaba muy por debajo de mis prioridades, decidí lo segundo. Pero los jefes de proyectos donde colaboraba me convencieron y me quedé. El Departamento de Agronomía me asignó una materia que se llama Dinámica del desarrollo rural, que se impartía en el octavo semestre. Puesto que en el grupo había algunos alumnos mayores que yo, y además bastantes críticos, fue uno de los retos más difíciles que he enfrentado, pero también uno

de los que me han dejado las mayores satisfacciones. Así, después de tres años de ser egresado pasé a formar parte del personal docente del Departamento de Agronomía. Finalmente, debo confesarlo aquí, después de muchos años y de muchas experiencias en las aulas terminé amando la docencia.

Poco después de haber egresado asistí, primero como ayudante académico y después como docente, a varios eventos de excelente calidad académica organizados por el Departamento de Agronomía y/o el otrora Departamento de Zootecnia. Los actores eran los mismos docentes y sus alumnos o ayudantes. Entre los eventos más frecuentes que recuerdo destacan: jornadas académicas, exposiciones de campo con asistencia y participación de productores, conferencias y seminarios en los que se compartían los proyectos de investigación, avances o resultados finales. Las conferencias en estos seminarios eran casi siempre excelentes y daba mucho para la discusión académica. Muchas de las iniciativas de los estudiantes para escribir una tesis nacieron precisamente en estos espacios. A propósito, en 1986 presenté mi tesis de licenciatura: *Evaluación de seis híbridos de girasol (Helianthus annuus) en el Valle de La Paz* y obtuve mi título profesional.

Con el creciente interés por las plantas del desierto, desde el octavo semestre de mi carrera empecé a colaborar en el Proyecto de Investigación en Flora Nativa de Baja California Sur, cuyo director era el Ing. Homero Fraga Mancillas, un excelente profesor-investigador que estaba fascinado con la flora silvestre. En 1983 conocí poco antes de egresar a la Dra. Dimayuga, adscrita al AICM y que prácticamente transitaba por el mismo camino, pero ella desde su especialidad, la farmacognosia. El objetivo de sus investigaciones consistía en buscar compuestos activos en organismos vivos, independientemente de los reinos biológicos, así como en minerales o sustancias. El Ing. Fraga y tres académicos más decidieron trabajar en colaboración con ella a través de su Programa de Investigación de los Recursos Naturales de Baja California Sur. Fue así como tuve la oportunidad de ampliar el horizonte de mis conocimientos y en-

tender la investigación desde una perspectiva mucho más amplia. Gracias a esta colaboración viajé a Suecia, para visitar el herbario donde el gran Linneo realizó parte de sus investigaciones. Haber estado ahí fue para mí un gran honor. Años después, este trabajo en conjunto nos condujo felizmente a publicar varios artículos de investigación, a colaboraciones nacionales e internacionales, a dirigir tesis de licenciatura y a organizar eventos nacionales e internacionales; actividad que aún después de habernos separado de la UABCS continuamos realizando con mucho entusiasmo. Posteriormente y después de un breve respiro logré la plaza definitiva en 1987, mediante el examen de oposición y méritos.

Como las colectas de plantas de los proyectos de flora nativa iban en aumento, se formó un herbario en el que se realizaban los trabajos de montaje y etiquetado de plantas, mismas que requerían de identificación, por lo que las enviaba o llevaba personalmente al herbario de la Ciudad de México (MEXU), perteneciente al Instituto de Biología, para lograr su identificación con ayuda de los especialistas en los diferentes grupos. A propósito de colectas, viene a mi memoria el lejano 1983, cuando el Ing. Héctor M. Coronado López (QEPD), jefe del Departamento de Agronomía, con un evidente entusiasmo me invitó personalmente a realizar el servicio social en un programa a su cargo denominado formación de un herbario. Acepté a la primera y lo concluí en tiempo y forma. Después de esta primera experiencia, mi interés por acrecentar mis conocimientos sobre las plantas subió como la espuma.

Como la demanda del posgrado por estudiantes y egresados estaba creciendo, la UABCS inició varios de ellos. Fue así como tuve la oportunidad de iniciar en 1998 mis estudios de maestría en Ciencias Zootécnicas con área terminal en manejo de pastizales, finalizando en el año 2000. De ese tiempo a la fecha, la creación de nuevos programas de posgrado ha superado las expectativas.

Además de poseer la titularidad en las materias de botánica y taxonomía, también me involucré en temas de medio ambiente y cambio climático. Pronto empecé a impartir cátedra también en

posgrado y a dirigir tesis de estudiantes, tanto del posgrado en Zootecnia (Ciencias Zootécnicas) como en el de Agronomía (Desarrollo Agropecuario de Zonas Áridas). Tuve el privilegio de tener entre mis estudiantes de posgrado a investigadores del CIBNOR, maestros de la UABCS, profesionistas de instituciones como PROFEPA y SEMARNAT y en algunos casos pude dirigir también sus tesis.

También participé con mucho agrado en las diferentes comisiones académicas y de gestión que a lo largo de mi desempeño como docente se me asignaron. Entre muchas otras, tuve el privilegio de formar parte del Consejo Técnico de Exámenes de Egreso para la Licenciatura (EGEL) a nivel nacional, ocupación que ejercí hasta mi jubilación; de representar a los profesores ante el Consejo Técnico del Área (por tres periodos); de fungir como responsable de la academia del Departamento de Agronomía; de formar parte del comité de calidad del Departamento de Agronomía por dos periodos consecutivos y de colaborar como miembro activo en la actualización del nuevo programa educativo de la carrera de Ingeniero Agrónomo. Como académico e investigador de la UABCS tuve la satisfacción de dictar conferencias de mi especialidad en diferentes foros locales y nacionales.

Volver la mirada hacia aquel 1979 en la joven UABCS me trae siempre momentos muy gratos. Y felizmente constato que hoy por hoy nuestra institución constituye un baluarte de la educación superior a lo largo y ancho del estado, pero también representa una opción real para estudiantes nacionales y extranjeros.

Muchos son los logros de la institución de los que he sido testigo a través del tiempo, pero también beneficiario directo de ellos. Por ejemplo, basta traer a la memoria la creación de la Biblioteca Rubén Cardoza Macías, que significó –y significa hoy día– una fortaleza para las actividades sustantivas de la institución, pero también para la sociedad sudcaliforniana. Del mismo modo relucen la red de telefonía e internet en todas las áreas académicas y de investigación; las extensiones universitarias, que además de hacer presente a la Universidad en todo el estado facilitan que jóvenes sudcalifornia-

nos de escasos recursos puedan acceder a la educación superior sin trasladarse a la capital; el fortalecimiento y gestión primaria –no sin dificultades– de la investigación, que ha permitido a muchos académicos de nuestra institución acceder al Sistema Nacional de Investigadores. Asimismo, la formación de cuerpos académicos en todas las áreas de conocimiento y la creación del posgrado significó un salto mayúsculo que posteriormente abrió un abanico de posibilidades para continuar estudios y profundizar en las diferentes disciplinas; la creación de las diversas direcciones universitarias de apoyo a las actividades académicas y de estudiantes, así como los procesos de las acreditaciones de los programas educativos, que periódicamente se someten a evaluación y que dan certeza de su pertinencia, junto con las múltiples distinciones, reconocimientos y premios nacionales e internacionales a sus profesores-investigadores.

Finalmente, lo digo con la camiseta del felino, la UABCS aún tiene muchos retos por delante, y seguramente vendrán nuevos que deberán superarse para continuar su evolución hacia una institución cada vez más fuerte y con mayor presencia social. Por ejemplo, reforzar y consolidar una planta docente en todas las áreas académicas, para que la educación continúe su paso hacia la excelencia; mantener e incrementar la gestión interna de apoyo a la investigación, para conservar los estándares de calidad que la acreditan y por último, lograr que las extensiones universitarias tengan su mejor fortaleza en la planta docente y en una infraestructura propia, que les dé mayor certidumbre a su continuidad.

Con respecto de mi muy querido Departamento de Agronomía, entre otras cosas, es prioritario mantener siempre una visión de la realidad del agro sudcaliforniano en todas sus vertientes y así incidir más directamente en la solución a sus problemas; consolidar una vanguardia en materia de agricultura orgánica, agricultura protegida y agricultura de traspatio; tener mayor acercamiento con los productores de escasos recursos; incidir, a través de la investigación y extensión, en la proyección de una actividad agrícola de acuerdo a sus realidades, pero también a las nuevas oportunidades de desarrollo.